

ALEGAME22 Y LA RATA

LOS HERMANITOS Y LAS AVENTURAS MILLONARIAS



ALEGAME22 Y LA RATA

Los
HERMANITOS Y LAS AVENTURAS
MILLONARIAS

m̄r

© AleGame22, 2023

© La Rata, 2023

Edición y fijación del texto: Rodrigo Palacios, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.mrediciones.es

www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Ilustraciones de cubierta e interior: © Valentín Ponsa, 2023

Diseño de interiores: María Pitironte

Primera edición: marzo de 2023

ISBN: 978-84-270-5090-7

Depósito legal: B. 3053-2023

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Huertas, S. A.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

| | | |
|---------------|-----|------------------------------|
| INTRODUCCIÓN. | 8 | EL PREMIO |
| CAPÍTULO 1. | 18 | LA CIUDAD |
| CAPÍTULO 2. | 31 | SECUESTRADOS |
| CAPÍTULO 3. | 44 | EL REINO DEL DESIERTO |
| CAPÍTULO 4. | 56 | EL CHUSO |
| CAPÍTULO 5. | 70 | ENCERRADOS |
| CAPÍTULO 6. | 85 | UN DESCUBRIMIENTO INESPERADO |
| CAPÍTULO 7. | 98 | EL PROBLEMA CON LA RATA |
| CAPÍTULO 8. | 112 | DEMASIADO PODER |
| CAPÍTULO 9. | 126 | REGRESO A LA CIUDAD |
| CAPÍTULO 10. | 140 | DENTRO DEL CASTILLO |
| CAPÍTULO 11. | 153 | EL ENFRENTAMIENTO |
| EPÍLOGO. | 171 | UN PREMIO DIFERENTE |

CAPÍTULO 1

LA CIUDAD

Después de que la Rata saciara su hambre con un plato de jalapeños tamaño industrial, el camino se les hizo más llevadero. Avistaron la Ciudad de los Millonarios desde lo alto de una colina y, aunque aún estuviera lejos, quedaron maravillados con su hermosura.

—Mira, Rata, imira cómo brilla! —exclamó Ale.

La ciudad estaba rodeada por una muralla de piedra blanca incrustada con brillantes. Por detrás sobresalían los edificios, cada uno de una forma diferente, pero todos hechos con materiales dorados o metálicos, y también adornados con gemas y mosaicos de colores, de forma que la ciudad entera resplandecía a la luz del sol.

—**iMadre mía!** —comentó la Rata a medida que se acercaban—. Nunca había visto nada igual.

La puerta de entrada era tan grande como para dejar pasar a una manada de elefantes. Cuando los Hermanitos la alcanzaron, estaba cruzando una lujosa limusina de color azul y blanco con diamantes en los tiradores de las puertas. Ale y la Rata avanzaron detrás de ella, alucinados, hasta que un guardia de seguridad tamaño gorila y vestido de traje se plantó ante ellos, impidiéndoles el paso.

—iEh! ¡Vosotros dos! —dijo—. ¿A dónde creéis que vais?
La Rata dio un paso atrás, inquieto.

—Hemos ganado un concurso —explicó Ale alzando las manos en señal de paz—. Con todos los gastos pagados.

—**iSí, claro! ¡Ja!** —se burló el guardia, cruzándose de brazos—. ¿Y eso quién lo dice?

Ale se dio cuenta de que debería haber imprimido las invitaciones antes de salir de casa.

—Lo siento, no he traído nada que lo demuestre, pero le prometo que es verdad. ¿Puede comprobarlo?

El guardia se quitó un momento las gafas de sol para mirarlos de arriba abajo, con lástima.

—**No me fastidies...** —murmuró, pensando que aquello iba a ser una pérdida de tiempo—. ¿Cómo os llamáis?

—Yo soy Alegame, y él es la Rata.

El guardia se lo pensó un minuto más, como si disfrutara de tenerlos allí plantados.

—La Rata, ¿eh? —dijo.

Negó con la cabeza, sacó el teléfono móvil y empezó a teclear con cara de decepción. Luego vio algo en la pantalla

y se quedó quieto de repente, levantó las cejas y acercó el móvil a su cara, sin terminar de creerlo.

—Eh... Parece que es correcto —tuvo que admitir.

A continuación, marcó un número y se colocó el teléfono en la oreja. Alguien contestó desde el otro lado.

—**¿Señor?** Sí, tengo a dos invitados aquí... ¿Alegame y la Rata? ¿Seguro...? De acuerdo.

Se encogió de hombros, colgó y les cedió el paso al interior de la ciudad.

—Está bien, adelante —dijo, sintiéndose un poco ridículo.

La Rata pasó por su lado elevando ligeramente la nariz, como si así se vengara de la manera en la que acababa de tratarlos.

Un poco más adelante les esperaba un hombre muy feo, pálido y con los labios morados, que llevaba unas gafas negras y vestía una bata blanca, como la de un médico. Iba sentado en una silla de ruedas, que hizo avanzar en cuanto los vio llegar.

—**¡Buenas tardes!** Os estaba esperando —saludó hablando con una boca en la que solo había dos dientes, como los de un vampiro, pero sin afilar—. Me llamo Stilton, y soy el ayudante del rey Castillo.

—Encantados de conocerte —respondió Ale, aunque el aspecto de aquel tipo le dio mala espina.

—**Seguidme** por aquí, por favor —dijo Stilton dándole la vuelta a la silla y dirigiéndose al interior del edificio que había detrás de él.

Pasaron a un amplio recibidor con el suelo y las paredes de mármol. Varios operarios estaban limpiando en ese

momento, y solo lanzaron un rápido vistazo hacia los recién llegados, era casi como si les preocupara mirarlos durante demasiado tiempo.

Stilton entró en un ascensor y les indicó que lo siguieran. Después, pulsó una clave en el teclado y se bajó las gafas para que el escáner reconociera su ojo.

—**Último piso** —pronunció en voz alta.

Ale y la Rata miraron hacia el techo, esperando a que alguna voz respondiera, pero todo lo que hizo el ascensor fue cerrar la puerta, emitir un sonido breve y salir disparado hacia arriba como un cohete.

Asustados, los Hermanitos se agarraron a la barandilla mientras el ascensor surgía de la zona oscura en la que había estado parado y descubrían que todo el lateral era de cristal. Se asomaron al exterior, alucinados al volver a ver los brillantes edificios, pero ahora más de cerca. Allí abajo, en la calle, distinguían las ropas llamativas de la gente que paseaba, así como los colores rojos, amarillos y blancos de los coches deportivos.

—**Esto es alucinante...** —dejó escapar la Rata.

Stilton soltó una aguda risa por lo bajini que les dio bastante mal rollo.

—Llama la atención, ¿verdad? —dijo—. Solo es al principio, luego te acostumbras.

—No sé yo si podría acostumbrarme a un sitio como este —planteó Ale.

—Eso es porque no tienes suficiente dinero —contestó Stilton un poco grosero, quitándole importancia al comentario—. Si tuvieras tanto como los que viven en esta ciudad, ya nada te sorprendería.

El ascensor frenó tan bruscamente que la silla de Stilton dio un pequeño brinco, pero a él no pareció importarle lo más mínimo. La puerta se abrió y salieron a una sala más grande aún que el recibidor de abajo, con un suelo pulido y limpio y unas paredes repletas de ventanas verticales por las que entraba luz a raudales. Entre ventana y ventana colgaban largos tapices con imágenes del rey haciendo un montón de cosas: montar a caballo, conducir una lancha motora, tocar la guitarra eléctrica, jugar al tenis...

Desde el fondo de la sala escucharon su voz, y al volverse lo vieron ponerse en pie desde su trono.

—**¡Bienvenidos, amigos!**— saludó.

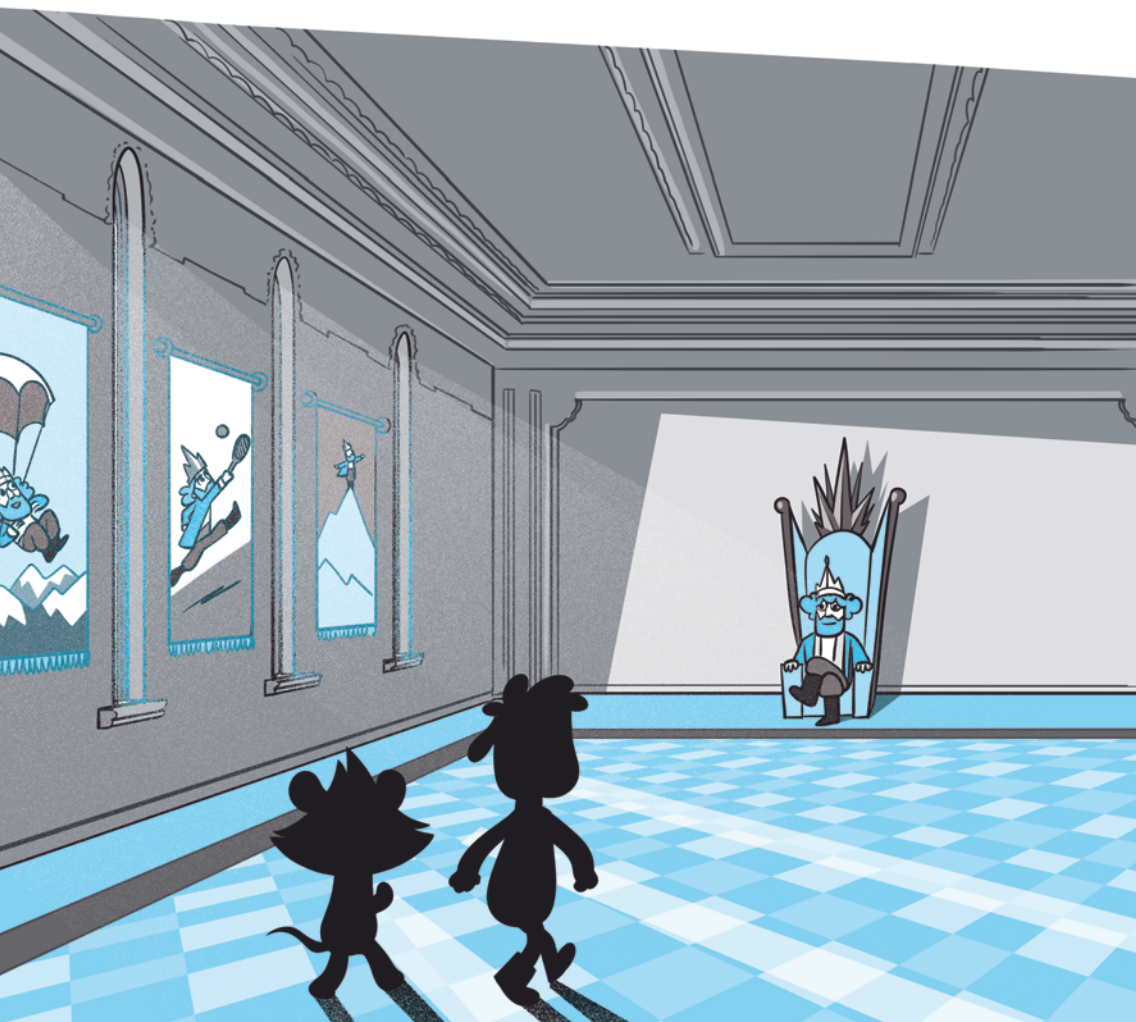


Ale y la Rata se miraron, extrañados de que un miembro de la realeza les hablara con tanta confianza.

El rey tenía más o menos el aspecto que esperaban: era rubio, con barba, de ojos verdes, llevaba puesta su corona y su traje real, rojo y blanco, encima de una camiseta morada y unos pantalones también rojos. Llegó hasta donde estaban y alargó la mano para estrechársela.

—**Soy el rey Castillo** —se presentó—. ¡Qué suerte tuvisteis ganando el concurso!

—**Sí, gracias...**, majestad —respondió Ale sin tener muy claro cómo tenía que dirigirse a él.



Castillo estrechó también la mano de la Rata y luego abrió los brazos, mirando a su alrededor.

—**¡Estáis en vuestra casa!**—dijo—. Venid conmigo.

A continuación, el rey agarró a Ale pasándole un brazo por encima de los hombros, y con la otra mano le dio una palmada en la espalda a la Rata, como si los tres fueran amigos de toda la vida. Echó a andar con ellos en dirección al trono, hablando sin parar.

—**¿Estáis cansados del viaje?**—preguntó—. ¿Tenéis sed? ¿Hambre? ¿Calor? ¿Subo el aire acondicionado?

—Estamos bien, gracias—se apresuró a decir Ale.

—Perfecto, perfecto—aceptó Castillo—. Podéis pedirme lo que queráis, en cualquier momento, ¿entendido?

—Sí—respondió la Rata, un tanto abrumado por tanto interés.

—Tengo que contaros algo: me acaba de surgir un problema en el que creo que me podríais ayudar—explicó Castillo—. He oído que sois muy buenos encontrando cosas, ¿verdad?

Ale y la Rata intercambiaron otra mirada, preguntándose a dónde podía conducir aquella conversación.

—**Sí, no se nos da mal**—admitió Ale.

—**¡Genial!**—exclamó el rey, pero entonces guardó silencio y se frotó las manos, echando ojeadas alrededor, como si temiera que alguien pudiera escuchar lo que quería decirles—. Será mejor que sigamos hablando mañana, ¿os parece bien?

Ale y la Rata se encogieron de hombros, sin comprender absolutamente nada.

—Vamos a alojarnos en el mejor hotel de la ciudad —añadió Castillo—. Y os vamos a dar un par de sacos de diamantes... —En ese momento, el rey buscó a un lado y a otro—. ¿Stilton?

El ayudante del rey apareció desde detrás de una columna, avanzando con su silla de ruedas y con dos pequeños sacos de terciopelo sobre las rodillas, que entregó a Ale y a la Rata. Los Hermanitos los abrieron y se quedaron alucinados al comprobar que, efectivamente, estaban llenos de diamantes.

—**Con esto podréis ir a cenar** esta noche al restaurante que queráis —dijo el rey dándole otra palmada en el hombro a la Rata—. Tenemos muchos, y muy buenos.

Los Hermanitos se habían quedado sin habla, así que simplemente asintieron con la cabeza.

—**Ahora tengo un asunto pendiente.** Os dejo, nos veremos mañana —añadió Castillo—. Stilton os llevará a vuestro hotel. ¡Hasta mañana!

El rey se dio la vuelta, haciendo ondear su capa, y desapareció a toda prisa por una de las puertas laterales.

Stilton condujo a los Hermanitos al ascensor, en el que volvieron a bajar a toda velocidad hasta el nivel de la calle. Cuando salieron del edificio, les estaba esperando una limusina tan grande como la que habían visto cuando llegaron a la ciudad. Se subieron bajo la atenta mirada del guardia, que todavía no podía creer que aquel par de tipos, vestidos con ropas tan normales, fueran tratados con tanta amabilidad.

Stilton le indicó la dirección del hotel al conductor y se despidió de ellos:

—**Hasta mañana** —dijo con sequedad antes de cerrar la puerta.

La limusina arrancó, y la Rata probó a pulsar el primer botón que encontró, pensando que serviría para bajar la ventanilla. En vez de eso, se abrió una puertecita ante sus narices y asomó una bandeja con dos vasos de zumo de naranja y un plato repleto de chocolatinas. Ale y la Rata se echaron a reír, alucinados.

En el tiempo que tardaron en zamparse dos chocolatinas, habían llegado al hotel. Era un edificio rectangular y muy alto, con las paredes de cristal.

Desde la recepción los acompañaron hasta su habitación, que en realidad resultó ser una *suite* más grande que su casa. Tenía dos salones, cada uno con una televisión de cien pulgadas, una consola de videojuegos y un sofá de masajes reclinable. También había dos cuartos de baño con *jacuzzi*, otro televisor enorme y dos dormitorios con camas tan grandes como para que un par de osos durmieran sin molestarse. Y, por último, una sala extra con un minigolf, dos billares, una bolera, una máquina de refrescos y otra de chucherías.

La Rata no recordaba estar tan emocionado ni en el mejor día de Navidad de su vida.

—**Creo que voy a llorar**, Ale —dijo—. Esta gente es maravillosa.

—No sé ni por dónde empezar... —respondió su hermanito.

—Estoy tan contento, tan contento, que me ha vuelto a entrar hambre —añadió la Rata.

—**Pues...** ivamos a gastarnos los diamantes! —exclamó Ale levantando los brazos y dando saltos de alegría.

Volvieron a bajar y salieron a la calle, donde descubrieron que ya se había hecho de noche. Empezaron a pasear en busca de un restaurante mientras seguían fijándose en los coches carísimos que pasaban sobre aquel asfalto tan limpio, y en toda aquella gente que vestía ropa tan cara y que no les quitaba ojo de encima.

—Debemos de parecerles muy guapos —bromeó la Rata.

—Sí, seguro que es por eso —respondió Ale.

A poca distancia del hotel se encontraron con un cartel lleno de fotos de platos riquísimos: era un anuncio del restaurante italiano Da Fano.

—A mí eso me suena de maravilla —dijo la Rata.

—**A mí también** —aceptó Ale.

Así que caminaron en la dirección que indicaba la flecha del cartel, dirigiéndose hacia una calle un poco más estrecha y oscura que las demás. Apenas habían entrado en ella cuando oyeron un grito a su espalda.

—**¡Al ladrón!**

Ale y la Rata se dieron la vuelta enseguida, pensando que podían haberlos confundido con otra persona. Una figura oscura y con la cabeza cubierta por una capucha se chocó de frente con Ale, haciéndole caer de espaldas, mientras que la sombra rodó a un lado y se estrelló contra la pared.

Aturdido, Ale se incorporó y se quedó sentado en el suelo. Se fijó en que la extraña figura había dejado caer una barra de pan y un par de filetes envueltos en plástico.

Por un lado de la calle aparecieron corriendo dos guardias. La sombra agarró su comida y se levantó rápidamente, pero, al instante, otros dos guardias llegaron por el extremo opuesto, cortándole el paso.

—**iNo tienes escapatoria!** —le gritó uno de ellos.

La sombra dudó, mirando a un lado y a otro, mientras Ale la miraba con curiosidad. Entonces, uno de los guardias dio la señal y los cuatro corrieron a por el ladrón.

—**iAhora!**

La sombra se quedó quieta, como si hubiera decidido rendirse, pero después, justo cuando iban a atraparla, se dio la vuelta, saltó hacia la pared, apoyó un pie en el borde de una ventana y brincó hacia lo alto. Se agarró a una tubería para balancearse, saltar a un lado y aferrarse a otra ventana, lanzándose después hacia arriba para ponerse a escalar a una velocidad increíble.

Los guardias la siguieron con la mirada, atónitos, hasta que el jefe los sacó de su estupor.

—**iVamos, inútiles!** —dijo—. ¡Entremos y subamos por las escaleras!

Los demás obedecieron de inmediato, corriendo en dirección a la entrada del edificio. Sin embargo, apenas se hubieron marchado, la sombra se lanzó al edificio de enfrente, dando una voltereta en el aire antes de aterrizar en el alféizar de una ventana y continuar con su ascenso.

—Vaya... —murmuró Ale impresionado—. Hay que ver cómo trepa esa chica...



—**¿Chica?** —dudó la Rata—. ¿Por qué crees que es una chica?

Por un momento Ale no supo qué decir, hasta que comprendió que lo había dado por hecho por el aroma que había olido al chocar con ella. Pero le dio vergüenza reconocerlo.

—**No lo sé** —respondió encogiéndose de hombros—. A lo mejor me he equivocado.

—Bueno, **¿qué?** ¿Vamos a cenar a Da Fano? —preguntó la Rata imitando el tono de voz de un hombre rico.

—Por supuesto, señor Rata —dijo Ale siguiéndole la corriente.

Los Hermanitos reemprendieron su camino, pero Ale se quedó pensando en que le parecía un tanto misterioso que en un lugar en el que todos eran ricos hubiera alguien robando dos filetes y una barra de pan...